

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 22 DE ENERO DE 1933

NÚMERO 4

JUEGOS CON LA NIEVE

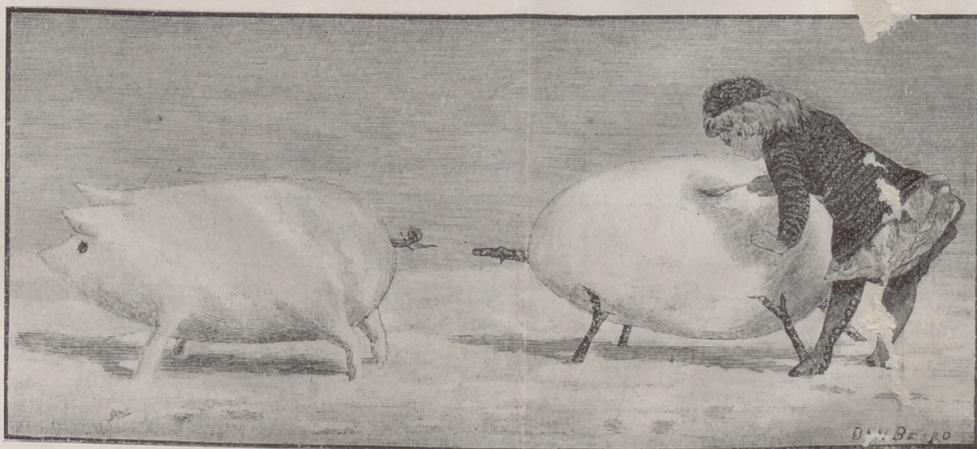
PARA NIÑOS Y NIÑAS

Las batallas, en pequeño, son siempre fuertes de nieve. Por esta razón damos aquí algunas instrucciones para edificar una casa de nieve, en la cual los jóvenes arquitectos puedan sentirse cómodos y alegres, así como también para hacer algunas estatuas con que tener el gusto y el placer de adorarlos.



divertirse con la blanda y hermosa nieve, como niños a quienes nada importa el rudo y peligroso trabajo de asaltar o defender un

tos puedan sentirse cómodos y alegres, así como también para hacer algunas estatuas con que tener el gusto y el placer de adorarlos.



nar los alrededores del edificio. Los grabados de la casa muestran tan a lo vivo lo bien construída que está y lo bien que parece una vez terminada, que no necesitan sino una ligera explicación. Las paredes están hechas de grandes bolas de nieve, colocadas debidamente, rellenando los huecos que quedan entre ella con nieve de tal modo que queden las superficies de la pared bastante llana, y raspándolas luego con una pala, por dentro y por fuera. El techo se hace con tablas o listones, cubiertos con nieve. Un barril colocado en un agujero del techo, y luego rodeado de apretada nieve, bien ajustada a él, se convertirá en una buena chimenea. Un vidrio puede colocarse en el agujero cuadrado que ha de servir de ventana; puede colgarse también del techo un pedazo de alfombra que caiga sobre la puerta, a modo de cortina, o, si los jóvenes trabajadores quieren tomarse alguna mayor molestia, pueden poner un marco a la parte interior de la entrada y ajustarle una puerta de madera. Así con una estufa vie-



ja, o si se prefiere, con un fogón hecho en la pared, debajo de la chimenea, se tendrá una casa bastante abrigada y cómoda, mientras ésta no se derrita.

Las estatuas o esculturas pueden ser de varias clases. Los cerdos rara vez son esculpidos en mármol o fundidos en bronce, y

por eso, no estaría mal hacer alguno de nieve, para, de ese modo, tener estatuas que no se encuentran con facilidad en cualquier parte. Una masa oblonga de nieve forma el cuerpo; las patas, nariz y oídos, se hacen con palos cubiertos de nieve, y un pedacito de cuerda, debidamente torcida, hace un hermosísimo rabo. No hay que decir que las varias partes que forman dicho animal pueden ser modeladas y talladas según la



habilidad del joven artista. Unos cuantos cerdos de gran tamaño darán, sin duda alguna, al patio de la casa de nieve, un aspecto animado y sociable.

La estatua de un francés con *ulster* (abrigo largo y ancho) es poco común, y no es difícil de hacer. La parte principal del cuerpo, cabeza y piernas consiste en varias bolas de nieve grande, como se ve en la figura 3, y los brazos se hacen de bolas más pequeñas, metidas en dos palos, que, a su vez, son introducidos en el cuerpo, formando ángulos convenientes. Cuando toda la figura ha sido ya modelada, hay que tallarla con anchos cuchillos de madera o ripios, hasta darle la forma propia, como se ve en la figura 4. El bigote debe hacerse con un palito, sujeto a la cara con clavijas y luego cubierto de nieve. Las lechuzas de la región Artica, las cuales son muy grandes y muy

blancas, pueden hacerse también de nieve, según se ve en la figura de abajo. Estas figuras pueden colocarse sobre pedestales de nieve, si son pequeñas; pero si las lechuzas son enormes, como las que se ven en la ilus-

tración o grabado, entonces sería mejor colocarlas en el suelo. De cualquiera manera, y dondequiera que se hallen, si están bien hechas, siempre parecerán bien y dignas de respeto.



¿Piensas tú lo mismo?

Una niña de cinco años conversaba cierto día con su madre.

—Mamá—le dijo—, yo quisiera que el Señor Jesús viviera sobre la tierra todavía.

—¿Por qué lo deseas, hijita?—le preguntó su madre.

—Porque quiero hacer algo por El.

—¿Pero qué podría hacer una niña como tú por el Salvador?

La niña se puso a pensar un momento. En seguida miró a su mamá y, con aire decidido, dijo:

—Bueno, mamá, podría ir a comprar sus mandados a la tienda.

VENCE CON EL BIEN, AL MAL

(Continuación)

Como hacía un frío intenso, el mar estaba helado, y los dos jóvenes tuvieron que emprender su marcha a través del hielo, teniendo a menudo que arrastrarse por él durante largos trechos. La pobre madre se quedó en la orilla mirando a los jóvenes,

que se iban alejando cada vez más hasta perderse en la oscuridad. Mucho tiempo permaneció aún inmóvil mirando fijamente a través de la noche como petrificada. Todo a su alrededor parecía extraño, frío e indiferente. Al fin, echó a andar lenta e inconscientemente hacia su casa.

Largos y angustiosos días y noches se sucedieron, difíciles de soportar. Los padres de Svante permanecían silenciosos y la aflicción pesaba sobre ellos como una losa de plomo. Los niños lloraban con frecuencia y rogaban fervientemente a Dios que protegiera a su hermano y le permitiera volver pronto a casa. Sin embargo, durante mucho tiempo no tuvieron noticia alguna de él ni de su amigo.

Algún tiempo después, empezó a correr el rumor de que alguien creía haberle visto en la parte más septentrional. Otros, por el contrario, decían haberles visto tan pronto en una como en otra parte del país. Pero el caso es que no aparecieron. La duda era insoportable y la tensión de nervios amenazó con quebrantar cuerpo y alma de sus familiares.

Al llegar la primavera y habiendo terminado, por fin, la guerra, se tuvo noticia de que en un distrito, situado al Oeste, habían sido hallados, en efecto, dos cadáveres entre los matorrales. La gente se preguntaba, si serían acaso éstos los dos jóvenes desaparecidos y solicitaban que alguien fuera a identificarlos. Los padres de Svante se pusieron inmediatamente en camino, y podéis figuraros con qué presentimientos. Pronto llegaron al lugar designado y estuvieron frente a los cadáveres. El tiempo los había desfigurado casi por completo; pero en los bolsillos de uno de ellos se hallaron objetos por los cuales dedujeron que se trataba de su propio hijo y del joven que le había acompañado. Poco a poco fueron enterándose de que los jóvenes habían conseguido llegar hasta sus hambrientos amigos, prestándoles auxilio, y que habían ido y vuelto varias veces, cruzando con muchas dificultades el hielo. Esto fué lo único que pudo averiguarse. Aquí se encontraban los dos tendidos en el suelo, muertos por un balazo por la espalda. El padre y la madre volvieron a su casa profundamente conmovidos y dieron sepultura a su hijo y al compañero de él. La lápida de la tumba que cubría a los dos tenía por inscripción estas palabras: "Dieron su vida por los demás."

Ya nadie se acordaba de semejante suceso, cuando un día llegó un recado del hospital de la ciudad, diciendo que allí se hallaba un hombre enfermo, el cual insistía en querer hablar con los padres de Svante. Inmediatamente fueron al hospital, donde encontraron a un joven con cara demacrada, pero cuyos ojos revelaban una fiebre altísima. Algún tiempo permaneció sin pronunciar una palabra. Al parecer, estaba sosteniendo una lucha interior consigo mismo. Por fin, exclamó: "Yo soy el as-

sino de su hijo." Luego se desbordó en un torrente de palabras. Contó cómo aborrecía y odiaba a los enemigos y cómo procuraba dañarles con todos los medios posibles. El y sus compañeros habían tratado de inflamar sus corazones con toda clase de odio para con el enemigo. Cierta día, dos jóvenes, casi niños aún, fueron hechos prisioneros en su territorio; pero fueron puestos en libertad después de haberles tomado declaración, por la que no se les pudo demostrar que hubieran tomado parte activa en la lucha, ni siquiera haber hecho uso de las armas. El, sin embargo, no quiso dejarles escapar; se ocultó en una emboscada y les disparó un tiro. Al principio, después de su acción, no sintió remordimiento alguno. Naturalmente, para él era una cosa meritoria haber conseguido hacer dos bajas al enemigo. Pero más tarde escuchó una voz interior que le reprochó su conducta, y desde entonces había sufrido continuamente horribles remordimientos de conciencia. A esto siguió un estado de terrible angustia y tuvo miedo a morir.

(Continuará)

Todo yo soy un acto de fé

Todo yo soy un acto de amor.
En mi frente espaciosa lee;
mira bien en mis ojos de azor:
;hallarás las dos letras de Fe
y las cuatro radiantes de Amor!

Si vacilas, si deja un porque
en tu boca su acerbo amargor,
;ven a mí; yo convenzo, yo "sé"!

Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de Fe.
Todo yo soy un fuego de Amor.

AMADO NERVO.

PRECIO DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.
Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia 60, Madrid.